

Patxi Lasarte

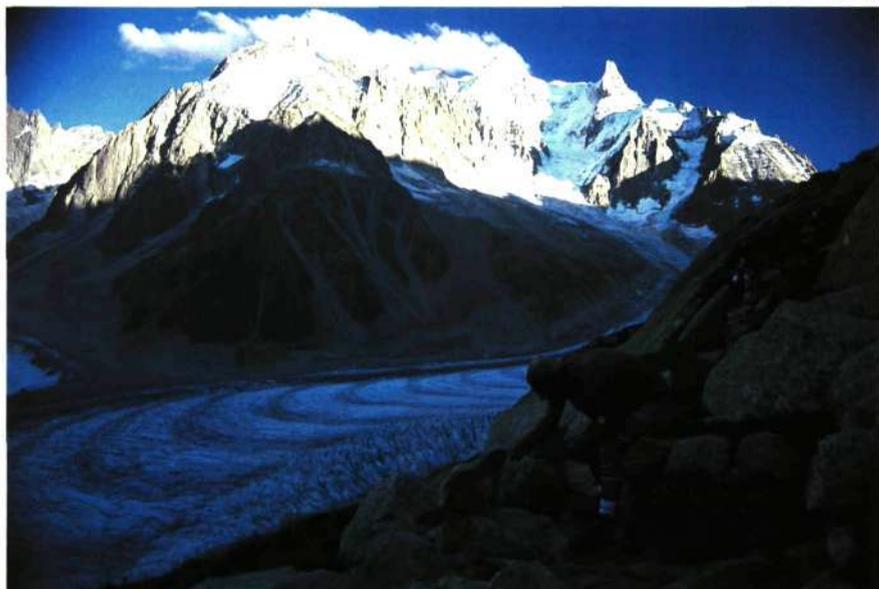
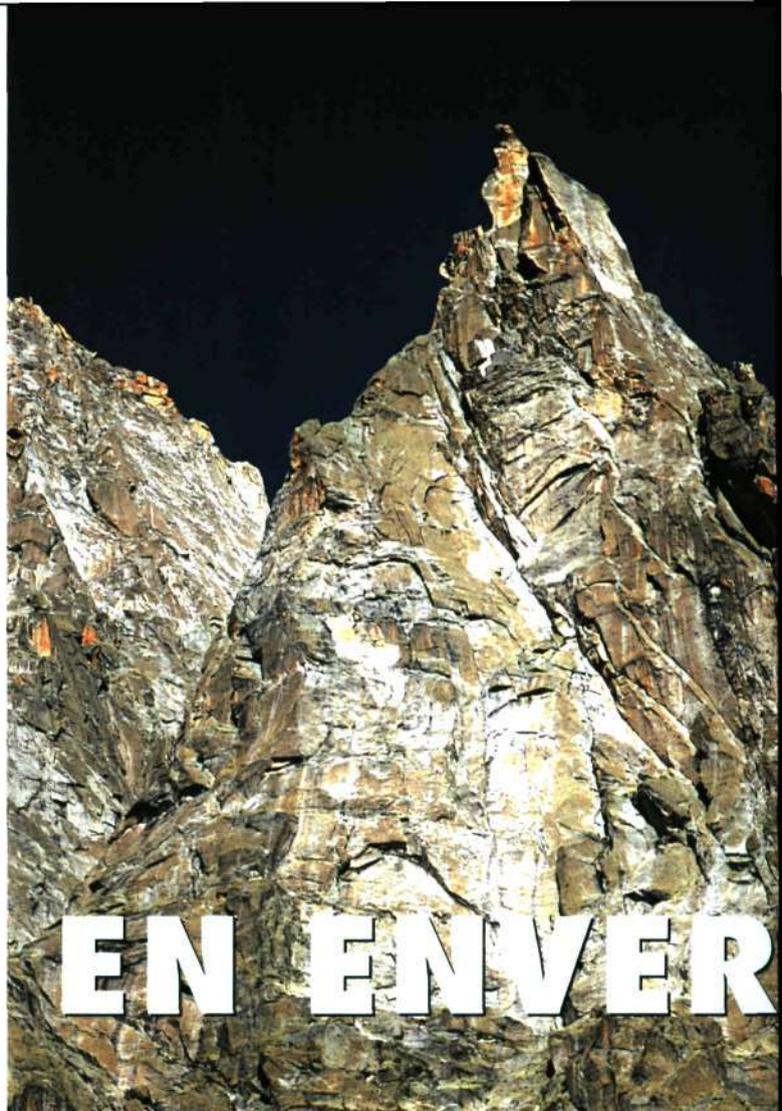
ESCALANDO



AS cosas a veces suceden y punto, sin que uno sea muy consciente de lo que significan. ¡Ya quisiera yo saber cómo he llegado a convertirme en el bicho raro que soy! Lo primero que recuerdo es la atracción por la naturaleza, que siendo chaval me sedujo hasta el punto de hacerme salir cada fin de semana a patear por el monte. Después llegó la escalada. Mejor cuanto más larga, y a poder ser de dificultad, y con historia. ¡Dios, qué sensaciones al redescubrir las fisuras y diedros recorridos por Cassin, Ravier, Bonatti y tantos otros...!

Imagino que en aquel entonces ya se me notaría de alguna manera el punto raro. Pero por aquellos días, en el Urdaburu, aún no era consciente de ello. Había más gente, tan pirada como yo, con la que compartir proyectos y escaladas. ¡Qué de buenas experiencias se han fraguado allí!

Pero la vida, con su aplastante lógica, pone a cada uno en su sitio. A mí me envió a un lugar remoto y aislado. A la distancia se le sumaron además los años y las manías



de la edad, de modo que he acabado convirtiéndome en un perro verde. Y ahora, cada vez que se presenta la posibilidad de ir a escalar, la pregunta no es a dónde, sino ¿con quién?

Estos sombríos pensamientos me hacen valorar aún más las ocasiones de escalar con buenos amigos, y recordar con nostalgia y cariño a todos aquellos que se quedaron en el camino. Txomin, Javi, Serpa, Epi, Edu y ahora Sorza... ¡Va por vosotros!

Izquierda, centro y derecha.

- "Carlota" la mascota, camino a Envers
- La Aiguille du Roc. El pilar Cordier sigue la arista de la izquierda
- Guy - Anne, último largo

Todo este rollo viene a cuenta de que el verano pasado tuve la fortuna de ir con Víctor a los Alpes. Se trata de un viaje bastantes veces planeado y postergado, que ¡por fin! se hacía realidad.

Y hemos aquí pateando la Mer de Glace con unas hermosas mochilas. Según avanzamos por el descarnado glaciar, este fantástico macizo va desplegándonos sus joyas: Jorasses, Dent du Geant, Charmoz... Con tres días de buen tiempo por delante, nuestro ánimo es tan luminoso como el paisaje que nos rodea. Pero bastan unos cuantos resbalones al abandonar el glaciar, unido a la dureza del primer repecho camino de Envers, para olvidarnos de las vistas y centrarnos en el esfuerzo.

Respiración entrecortada y chorros de sudor... En fin, no hay alpinismo sin una gran mochila. Y las nuestras son grandes de verdad, voluminosos armarios con chatarra, material de vivac y comida para cuatro días (sobre todo la mía, en atención a las legendarias rodillas de mantequilla de Víctor. Y que quede claro que no lo hago

para quedar bien, sino por puro egoísmo: con lo caros que son los buenos compañeros de cordada, hay que cuidarlos bien).

Tras unas cuantas horas de patear y sudar, una reducida y providencial repisa nos acoge, a escasos 50 m del refugio de Envers des Aiguilles (2523 m). Aquí pasaremos los próximos días, así que organizamos nuestro nido con todo mimo: aquí el txoko de la cocina, allí el almacén de material, detrás el salón dormitorio... Todo ello bajo la atenta mirada de un acentor alpino, diminuto pajarillo que a diario nos visitará a la hora de la cena.

El refugio de Envers des Aiguilles está excelentemente situado, rodeado de paredes graníticas de gran calidad y belleza. Los accesos a las vías no suelen ser complicados ni largos, pero casi todos conllevan una aproximación glaciár, y los crampones y piolet suelen ser necesarios.

Es difícil optar entre la gran cantidad de vías a las que uno puede hincar el diente. Desde ascensiones clásicas de los años 30 a 50, normalmente las de acceso más largo y aventurero, hasta las vías más modernas de Piola. Las primeras aúnan una dificultad de IV a V con un equipamiento austero con pitones. Las últimas son habitualmente vías de más fácil acceso, a menudo rappelables, que combinan mayor dificultad con un equipamiento moderno en reuniones y placas, pero inexistentes en las fisuras.

Por supuesto, en estos tiempos de decadencia moral incluso a nosotros se nos hizo difícil resistirnos al atrayente aroma de los parabolts. Así que nuestro primer contacto con Envers será a través de la vía Guy-Anne, tal vez la más solicitada del lugar, abierta por Michel Piola en 1984.

Pero que nadie se engañe. Las vías Piola no son ajenas al compromiso, y en cualquier momento pueden regalarte con las sensaciones más picantes mientras te alejas de la reunión y sus parabolts para adentrarte en el proceloso mar de las dudas y el autocontrol, o sea, de la escalada limpia.

Recuerdo en especial el segundo largo de Guy-Anne. Metro a metro avanzas por la fisura diagonal,

intentando minimizar el esfuerzo, instalando los seguros justos, ni demasiados (para no cargar los brazos) ni demasiado pocos (¡qué miedo!). Y de repente sobreviene las crisis, al sentirte sin fuerzas intentas asegurarte en el lugar más inadecuado, y como el friend no entra a la primera empiezas a perder los papeles...

¡Ojo! Todo este párrafo nada tiene que ver con lo vivido por nuestra cordada. Es sólo un paréntesis para dar emoción. Unas horas más tarde, comenzábamos a rapelar los 11 largos de la vía muy satisfechos de nosotros mismos. Pero al día siguiente tuvimos la suerte de asistir a un precioso vuelo en el dichoso segundo largo. "¡Bellísimo!", al decir de Paolo, amigo italiano con quien compartimos la vía un día antes.

Entre las vías clásicas de dificultad media y las Piola de los 80 en adelante, existe otra generación de vías. Vías que nacieron ya bajo el influjo de la revolución yosemítica de los fisureros y los pies de gato. Abiertas en paredes de envergadura hacia los 70 y primeros 80, por machacas como Afanassieff, Cordier, Troussier..., estos bestias no dejaron más rastro de su paso que unas líneas virtuales en la pared, y a lo sumo, algún pitón aislado de reunión.

Como podemos imaginar, estas vías, tras disfrutar de cierta popularidad en su época, quedaron dejadas de la mano de Dios a partir del momento en que la relajación de las costumbres nos mandó a todos derechos a las escuelas de escalada... Y eso que tras veinte o treinta años de historias y repeticiones, incluso

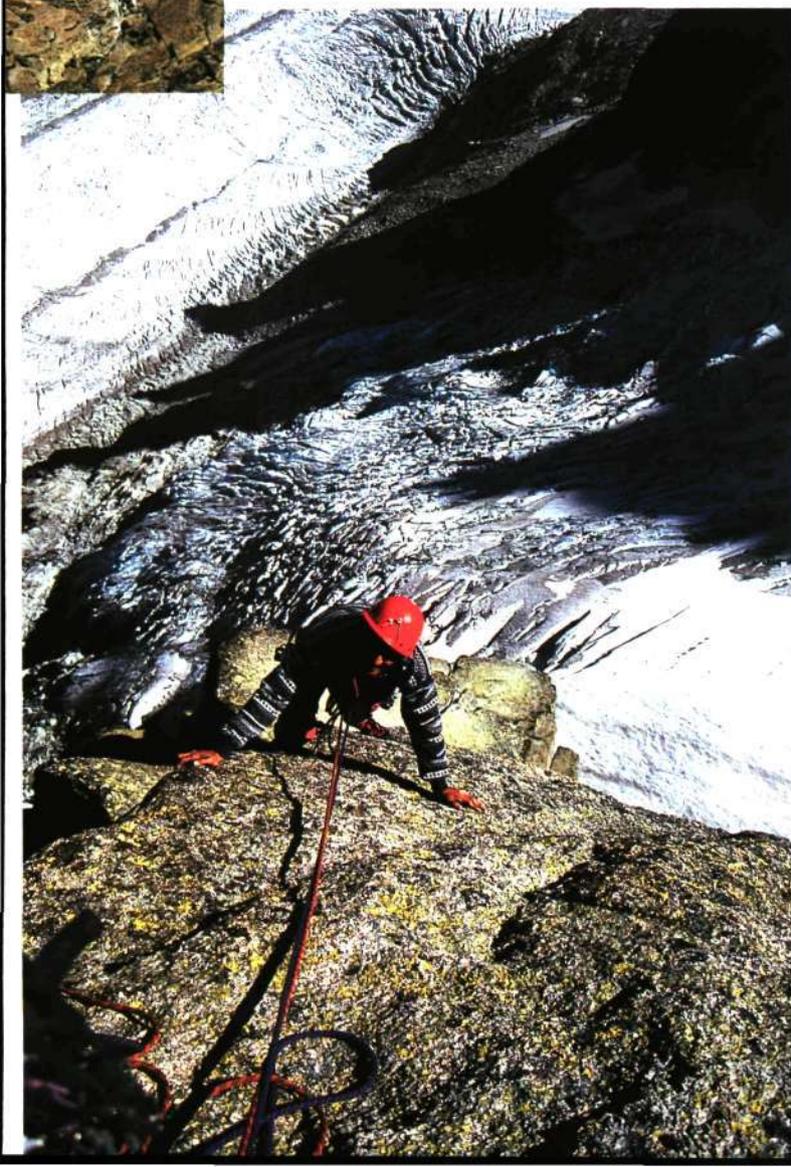
Una vez estrenados en Guy-Anne, le echamos el ojo a un plan más ambicioso. Justo dominando el refugio y nuestro vivac, los 500 m de granito dorado de Cordier, la primera vía abierta en el macizo sólo a base de fisureros, allá por 1975. Sobre el papel, la dificultad no debiera pasar del V sup. pero, en fin, la idea de deambular durante veinte largos por terreno despitonado era lo suficientemente atractiva (y perturbadora) como para ponernos nerviosos.

El día señalado madrugamos bastante, de manera que el amanecer nos sorprende encordándonos en la rimaya de la vía. Los primeros largos son en general sencillos y rápidos, por una vira fracturada que asciende hacia la izquierda. Así llegamos al hombro Este, donde se inician las dificultades.

A partir de aquí, el espolón gana en verticalidad y elegancia. Y ¡cómo no!, la mochila se hace sentir más. Como el plan es escalar de sol a sol, llevamos agua y un poco de comida además de los anoraks y una frontal. Se supone que los rápeles nos llevarán de nuevo a pie de vía, pero ¡vaya usted a saber!, así que nos subimos botas, crampones y un piolet. Total, una mochila ligerita para patear, pero que cuesta los suyos arrastrar por estos terrenos de V atlético. Así que el segundo de cordada sufre un poco para que el primero pueda disfrutar.

Vamos encadenando fisura tras fisura. El material entra a caldo, los fisureros van tan bien que casi hasta sobran los friends (Pobrecitos, con el cariño que tiene Víctor a sus aliens...). Vamos encontrando el itinerario bastante decentemente, y hasta los pitones se dejan ver aquí y allá.

Sin darnos cuenta llegamos a la mitad de la vía. Le hemos cogido el punto a esta dificultad, los empotramientos que antes se nos hacían raros ahora surgen de forma natural, y es un auténtico placer acometer una fisura y seguirla sin llegar a ver su final, empotrando ahora el puño, luego la mano, por fin los dedos hasta que al fin el hilo de Ariadna se ciega y debemos abandonarlo, progresando unos metros en travesía hasta enlazar con otra grieta. Así una y otra vez, sin parabolts, sin reuniones, hasta donde tú quieras. Acto seguido, mosquetoneas dos friend o fisureros y montas reunión. Al rato aparece Víctor, su rostro moreno sonriendo feliz recortándose contra el granito amarillo y el blanco de los glaciares.



Hemos llegado a una amplia repisa, y en este punto, marcado por una veta de cuarzo, una travesía interrumpe la línea ascendente de la vía. Sobre nosotros se extiende un lienzo de roca de aspecto diferente, más quebradizo, una placa vertical sin fisuras y con unos "knobs", especie de bolos de distinto material infiltrados en el granito, que suponemos nos servirán para progresar. A unos siete metros sobre nosotros, un pitón protege el inicio de la travesía. Bueno, el croquis no marca más que IV sup. así que no será para tanto.

¡Hala, Víctor, te toca!

En los segundos siguientes, algo extraño sucede. Esos metros de roca no son mera materia mineral: son la puerta de entrada a otra dimensión, una falla espacio-temporal. En el preciso instante en el que Víctor mosquetonea ese pitón e inicia la travesía, lo que hasta entonces era una agradable escalada sin transcendencia se convierte en "otra cosa". Las chorradas que le estaba diciendo a Víctor se me hielan en los labios. Un extraño silencio nos rodea. El universo se contrae, glaciares, cielo y perspectiva desaparecen y no hay en el mundo nada más que esta travesía y nosotros.

Aún mantengo contacto visual con Víctor, pero ya estamos en mundos diferentes. Poco a poco va ganando metros, en una escalada delicada, **mucho**, pero mucho más dura de lo esperado, y sin lugar al error. Sin decirnos nada, los dos sabemos que éste no es lugar para caerse. Mi estoico compañero sigue progresando, en equilibrio sobre los bolos y sin posibilidad de asegurarse. El tiempo se detiene. Tras 10 ó 12 m de travesía, un alien medio entra en una fisura ciega. Suspiro. Tres metros más allá, otro microfriend. Reunión ¡Uff!

Poco después soy yo el que atraviesa el vórtice espacio temporal. Segundos eternos de dudas y escalofríos antes de llegar a la reunión. Víctor me recibe todo sonriente, y yo estoy totalmente pasado.

-¿Qué tal el IV sup, Patxi?

No le contesto. Recojo el material y huyo hacia arriba.

Por suerte, el resto de la vía no nos depara más sorpresas por el estilo (*Aunque a decir verdad, son estas situaciones las que alimentan al gusanillo y por eso aparecen recurrentemente en nuestras conversaciones noctámbulo-alcohólicas. Por algo será*) Vuelven los largos francos, cómodos de asegurar, y sobre todo bonitos. Una pila de ellos, eso sí.

Horas más tarde aparecemos en la arista cimera de la Aiguille du Roc. La vía ha terminado. Son las 7 de la tarde, y los Alpes se ven invadidos por esa luz preciosa que precede a la puesta del sol. Pero hoy no habrá tiempo para fotos pues tenemos dos horas de luz para descender los 500 m de pared.

El descenso es un tanto complejo: râpeles, destrepe y más râpeles. En cualquier caso tampoco podemos describirlo al detalle, ya que lo recorrimos casi a oscuras. Fue de los más instructivo el vivir muchas de las gafadas que suelen suceder en un descenso de estas características: caída de piedras, cuerdas atascadas, embarques... Murphy, el de las leyes, andaba cerca, y se olía el vivac. Pero finalmente, unos râpeles bastante verticales a la romántica luz de la única frontal nos condujeron a la base de la vía y después al saco de dormir.

Al día siguiente recibimos los efusivos saludos de los guardas del refugio, que imagino que asistirían preocupados al espectáculo nocturno.



FOTOS DEL AUTOR

Arriba.

■ El reposo del guerrero. En la cima de la Punta des Nantillons

Y esto es todo. Envers da para esto y para mucho más, pero nosotros ya hemos tenido bastante ración para esta vez. Pero volveremos, seguro. Bastará con que un buen amigo nos lo proponga... □

■ ACTIVIDAD REALIZADA

Espolón E de la 1ª punta de Nantillons, 2921m. vía Guy- Anne, 350 m, 11 largos, MD, dificultad max 6 a +.

Pilar S de la Aiguille du Roc, 3409m, 500m, 22 largos, MD, max V sup.

Bibliografía: Le topo du massif du Mont Blanc, M Piola.

